

**EL PATIO DEL
PODER**

**LA HISTORIA REAL
DEL NAUFRAGIO CHILENO**

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2024, Renato Garín González
Derechos exclusivos de edición
© 2024, Editorial Planeta Chilena S. A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile

Diseño de portada: Catalina Chung Astudillo
Ilustración de portada: Christopher Brick
Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

1ª edición: mayo de 2024

RPI: 2024-A-2684
ISBN: 978-956-408-543-2

Impreso en:

RENATO GARIN GONZÁLEZ

**EL PATIO DEL
PODER**

**LA HISTORIA REAL
DEL NAUFRAGIO CHILENO**

Profesor Jorge Edwards Valdés
1931-2023
In memoriam

*Vi a las mejores mentes de mi generación
destruidas por la locura.*

ALLEN GINSBERG, *Aullido*

ÍNDICE

Introducción	13
Primera parte: Los ayudantes salvajes	
Capítulo uno: <i>Anibal y Antonio</i>	19
Capítulo dos: <i>Los años terribles</i>	54
Capítulo tres: <i>El retorno del Conde</i>	85
Segunda parte: A la izquierda de Dios	
Capítulo cuatro: <i>Música para camaleones</i>	115
Capítulo cinco: <i>El evangelio según Fernando</i>	146
Capítulo seis: <i>El último entusiasmo</i>	180
Tercera parte: La epifanía estropeada	
Capítulo siete: <i>El apocalipsis de Santiago</i>	211
Capítulo ocho: <i>Luz, cámara, fracaso</i>	243
Capítulo nueve: <i>Elogio de la frustración</i>	279
Epílogo	308
Bibliografía general	323

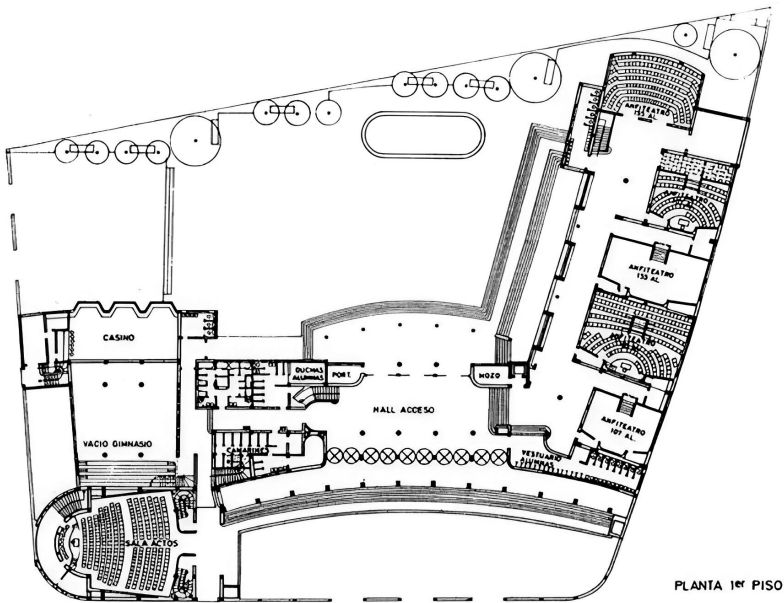
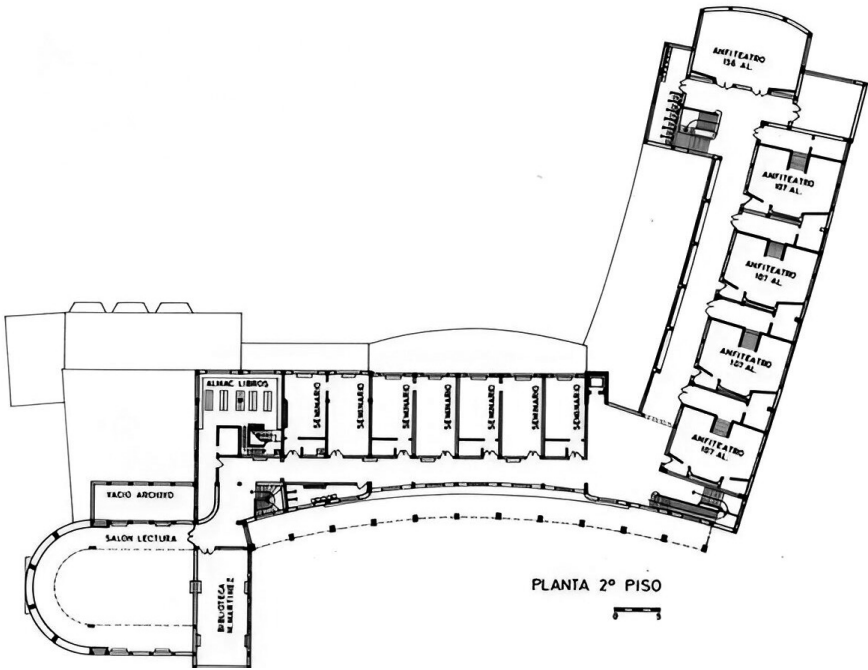


Fig. Plano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile.

PRIMERA PARTE:
LOS AYUDANTES SALVAJES

CAPÍTULO UNO

ANÍBAL Y ANTONIO

*La tradición no se hereda,
se conquista.*

ANDRÉ MALROUX

En el patio lo apodaron “el Conde”. El bautismo ocurrió temprano, antes de tener un nombre propio, antes de ser una autoridad, antes de ser un jurista. Sus compañeros de generación lo recuerdan por su altura, desde donde miraba con ojos compasivos que podían confundirse con altivez, engreimiento y soberbia. Sus amigos admiraban su templanza, que de tanto en tanto cedía, pudiendo derivar en ira, rabia y cólera. Cada adjetivo sobre él se enreda con otro tan contradictorio como paradójico. Algunos lo consideraban liberal. Otros lo avizoraban como un descendiente de oligarcas. Había quienes idolatraban su talento pedagógico, aunque algunos criticaban su letargo. Hubo quienes nunca empatizaron con él. Para ellos siempre fue “el hijo de Aníbal”. Y hubo otros estudiantes que se encariñaron, lo siguieron y repitieron sus lecciones hasta convertirse en sus ayudantes.

Los treinta

Aníbal Bascuñán Valdés es una de las figuras fundamentales de la literatura jurídica chilena. Su influencia puede rastrearse desde la década de los treinta en adelante¹. Antes de que la Facultad tuviese su edificio. Antes de que la esquina de Pío Nono con Santa María se convirtiese en esa pequeña Roma con el ascenso de los Alessandri.

Aníbal nació en 1905, en el seno de una familia de rasgos oligárquicos, con acceso a la alta cultura europea. Aquello destaca en el colegio escogido: el Liceo Alemán de Santiago. Este marco germano sería el primer paradigma educacional del joven Aníbal. Reconocido por su intensa exigencia, allí se encontraba una de las mejores bibliotecas de la ciudad, así como un gimnasio y un pequeño anfiteatro. Desde adolescente, el muchacho destacó por su desplante como actor, una memoria prodigiosa y un sobrio talento para las letras. Se decidió por la carrera de

1. Véase “Estudios en memoria de Aníbal Bascuñán”. *Anuario de Filosofía Jurídica y Social*, número 7, 1989. Véase, dentro de ese volumen, DE AVILA, A. *Recuerdo de mi maestro Aníbal Bascuñán Valdés, fundador de la escuela chilena de historiadores del Derecho*.

Derecho en la Universidad de Chile, cuando la Facultad todavía ocupaba el ala oriente de la Casa Central².

Durante su época de estudiante, Aníbal Bascuñán fue testigo de los locos años veinte.

Al comienzo de la década, Arturo Alessandri Palma había conquistado la presidencia con una abrumadora mayoría. A poco andar, su gobierno derivó en el caos político que flanqueó al presidente por los cuatro costados, incluyendo un “ruido de sables” al interior del Congreso. El intento por redactar una constitución condujo al exilio del León de Tarapacá, mientras se sucedían los gobiernos fácticos y autoritarios. Enfrente de la antigua Facultad, Aníbal y sus coetáneos vieron las marchas de obreros inspirados por las matanzas de décadas anteriores, como Santa María de Iquique. Las protestas fueron expandiéndose³ y, a partir del bicentenario, se hizo recurrente que centenares de trabajadores precarios “invadieran” el centro de las ciudades. Asimismo, Bascuñán fue compañero de curso de diversos dirigentes “recabarrenistas” que más tarde fundarían el Partido Socialista. Hacia comienzos de los treinta algunos de sus profesores ocuparon cargos en los gobiernos fácticos que fueron encabezados por la Corte Suprema.

Estamos ante un estudiante que vive una década de transformaciones, cambios constitucionales y el derribo de la *belle époque*. Al concluir el pregrado, partió a España para inscribirse en el doctorado de la Universidad Central de Madrid. A estas alturas, su cuerpo era ancho como un ropero y exhibía una creciente calvicie desde las entradas hacia la coronilla. En tierras españolas su físico tomó carácter adulto. Su apariencia, marcada por una combinación de robustez, seriedad y garbo discreto, junto con una expresión facial intensa y pensativa, lo hacían una figura imponente. Su voz profunda y resonante capturaba la atención de su audiencia ya fuera en una sala de conferencias o en una discusión académica. La claridad de su dicción, la pausa de su hablar y la precisión de su lenguaje eran reflejo de su mente analítica. Aníbal mostraba una preferencia por trajes de corte clásico, que se ajustaban bien a su figura corpulenta, de colores oscuros, como el gris o el azul marino, aunque también los tenía en tonos beige, ocre y cafésosos. Eran confeccionados con telas de calidad, lo que añadía un toque de distinción a su apariencia.

Su tesis, *El Tabuantinsuyo*, recibió la máxima calificación por su creatividad, novedad y redacción. El foco de su investigación fue el derecho incaico y la aplicación de sus reglas desde el Cuzco hasta los territorios

2. Sobre Aníbal véase DRAPKIN, A. “El Aporte de Don Aníbal Bascuñán Valdés al Estudio y Enseñanza de la Administración Pública.” *Revista Chilena de Administración Pública II*, no. 5 (2003-2004). Escuela de Administración Pública, Universidad de Chile.
3. Véase DÉVES, *Los que van a morir te saludan. Historia de una masacre*. Lom, 2018.

andinos de Ecuador, Argentina y Chile. Gracias a este ensayo, fue el primer chileno en obtener el grado de doctor en Derecho, tras lo cual realizó visitas académicas en París, Berlín y Milán. Era una lozana eminen- cia. En un momento en que la academia jurídica carecía de visión global, la figura de Aníbal Bascuñán emergió como un joven virtuoso, capaz de repensar la enseñanza de las leyes. Volvió a Chile durante el segundo semestre del año 1930, en plena crisis del salitre, convirtiéndose —de inmediato— en el nuevo referente del ala oriente de la Casa Central, en plena Alameda. Ese mismo año, a mediados del mes de octubre, recibió la notificación de que había sido nombrado a cargo del Seminario de Derecho Público. Ese espacio tomó otra magnitud con su presencia. Pasó de ser un aburrido y monótono intercambio de monografías a establecerse en el ágora más respetada de la Facultad. Compi- tió, palmo a palmo, con el Seminario de Derecho Civil a fin de atraer el interés de los mejores alumnos.

De esta forma, el nombre de Aníbal Bascuñán Valdés se erigió en los tempranos treinta como el referente intelectual indiscutido de todos aquellos que *no* se dedicaban al derecho privado. Mantuvo siempre un declarado interés por la historia del derecho. Aquella cátedra le fue otor- gada el año 1932 y no se movió de allí hasta su retiro. Meses más tarde, postuló y ganó el curso de Introducción al Derecho. De esta manera, Aníbal se convirtió en profesor de dos cátedras para mechones y —al mismo tiempo— continuaba dirigiendo su seminario de investigación. Por si fuese poco, a mediados de la década comenzó a editar un boletín que contenía noticias sobre las mejores publicaciones comentadas en el seminario. El propio Aníbal se encargaba de la diagramación, revisión e impresión. Cada semestre sus estudiantes se esmeraban repartiendo el folletín en los pasillos. Fue la primera publicación periódica producida íntegramente por leguleyos.

En paralelo, un movimiento de índole nacionalista estaba germinan- do. La deriva trágica de la crisis salitrera empujó los discursos tremen- distas, que supieron cosechar los noveles dirigentes universitarios. Las dictaduras de Ibáñez, primero, y Grove, después, dejaron una colección de viudos. En 1933 se fundó el Partido Socialista (PS), entre cuyos pre- cursores podemos hallar al abogado Eugenio Matte Hurtado, al estu- diante de física Óscar Schnake y al propio Marmaduke Grove. El PS nace como una fusión de diversos colectivos universitarios, sindicalistas y masones. Matte Hurtado, por ejemplo, llegó a ser Gran Maestro de la Logia. En paralelo, los movimientos estudiantiles —concentrados en la Casa Central— veían en esta fundación una oportunidad para separar aguas con los comunistas. Hasta entonces, el Partido Comunista (PC) era *la* orgánica de la izquierda universitaria. El auge nacionalista, por

ende, puede explicarse como una alternativa estudiantil ante las vanguardias de inspiración marxista.

Fue así como, entre 1932 y 1938, germinó el Movimiento Nacional-Socialista de Chile, conocido como naci (con *c*).

Su principal referente era un estudiante de Leyes: Jorge González Von Marées.

En el patio lo llamaban “jefe”. Era delgado como un fideo. Alto como una columna. Blanco como la nieve. De rostro severo como el peor castigo: frente ancha, mandíbula cuadrada y labios enjutos que, al abrirse, emitían un vozarrón hitleriano. En las escasas fotografías de la época, aparece con una expresión austera, característica de una presencia marcada por la seriedad. Sus ojos, fijos y claros, denotaban una profundidad que refleja la naturaleza introspectiva de su carácter. El cabello, peinado hacia atrás sin un solo mechón fuera de lugar, dejaba sus orejas apenas visibles, enfatizando la formalidad facial. Sus vestimentas son igualmente reveladoras: camisas de cuello rígido bajo un suéter sencillo evocan una época en la que el pragmatismo y la funcionalidad eran valorados por encima del ornamento. Las manos, cruzadas sobre su torso, contribuyen a dar la sensación de que el jefe buscaba autocontrol y sobreactuaba la compostura. La falta de sonrisa y la rigidez de su pose hablan de un contexto en el que la contención emocional era la norma. Su retórica inflamada, eso sí, le permitió influir de forma decisiva en la conformación de este movimiento.

Las vanguardias de la época fueron: nacionalistas, socialistas y comunistas. Como era de estilarse, las tres tenían *grupos de choque*. Estas primeras líneas solían trenzarse en batallas campales a los costados del edificio, huyendo del cuerpo de Carabineros, recién fundado por Ibáñez en 1927.

Frente a estas tres vanguardias, los partidos del siglo anterior parecían avejentados, ultrajados, desconectados del patio más importante del valle.

Hacia comienzos de 1937, González Von Marées había logrado popularizar su movimiento a lo largo y ancho de la patria. Dedicaba largas jornadas a dar charlas ante obreros, sindicatos y peones, a fin de disputar esos espacios a las izquierdas. Sus publicaciones, así como su tesis, demuestran gran interés en la temática proletaria. Su memoria de grado, presentada en 1932, se tituló simplemente *El problema obrero en Chile*. Circuló resumida en folletines y sirvió de material formativo para los proletarios nacis. Consecuentemente, el movimiento penetró en sindicatos, además de las nacientes capas medias. En 1935, el “nacismo chileno” registraba más de 20.000 militantes. Esto posibilitó su presencia en federaciones universitarias, llegando a la presidencia de la reputada

FECH. Sus principales medios de difusión fueron el diario *Trabajo*, la revista *Acción Chilena* y el periódico *La Raza*⁴.

La Escuela vanguardista

Esta logística les permitió presentarse a las elecciones parlamentarias de marzo de 1937. Contra todos los pronósticos, lograron elegir a tres diputados, adjudicándose la primera mayoría en Santiago, el “jefe”.

En esas elecciones parlamentarias, los partidos “tradicionales” soportaron estoicamente la arremetida vanguardista. Los liberales consiguieron siete senadores y treinta y cinco diputados, en virtual empate con los conservadores, que lograron un escaño menos en el Senado y los mismos curules en la Cámara Baja. Los radicales consolidaron un tercer lugar, que tenía el dulce sabor de la miel, pues se percibían en la mejor posición para derrotar al alessandrismo.

Dada la provocadora retórica nacionalista, el día de la apertura de las sesiones del Congreso Nacional se gestó una riña que derivó en tangana. Un altercado entre los parlamentarios, dimes y diretes propios de la polarización política existente hacia finales del segundo gobierno del León de Tarapacá. En dicha ocasión, González Von Marées desenfundó un revólver y disparó un tiro, siendo detenido de inmediato. Sin embargo, fue puesto en libertad algunas horas después, bajo enorme expectación mediática. Fue desaforado en junio de 1938 y permaneció bajo el constante escrutinio de la naciente opinión pública.

Ante el racional temor que provocaba el ascenso nacionalista, las izquierdas locales empujaron para formar una confederación inédita. A esto ayudó decididamente la orden soviética, que recomendaba aliarse con partidos centristas. La estrategia política de agruparse en “frentes” se originó en Europa, especialmente en Francia y España. Fue imitada en Chile a partir de 1936, cuando se propuso la creación de una coalición en contra el gobierno de Alessandri.

Los radicales entendían el fenómeno vanguardista. Ellos mismos, apenas unas décadas antes, habían sobrepasado a sus padres pipiolos. Impensadamente, la alianza con las izquierdas abría el camino para llegar a La Moneda, el viejo sueño de los fundadores del Partido Radical. Sin embargo, pactar con las fuerzas marxistas chocaba con la raigambre decimonónica de su ideario. Este conflicto existencial empujó hacia una convención dedicada a zanjar el asunto. Se trata de la famosa convención radical de febrero de 1936. De un lado, la derecha del partido se organizó en torno a la vocería del abogado Pedro Aguirre Cerda, quien se oponía tajantemente a la alianza. Del otro, la izquierda se agrupó

4. BASSO, C. *Chile nazi, un siglo de violencia y xenofobia*. Aguilar, 2020.

alrededor del abogado Juan Antonio Ríos, quien argumentó a favor de la coalición. Una vez tomada la decisión, el Partido Radical se puso a la cabeza del denominado Frente Popular, al que confluyeron con los comunistas. Para darle garantías al radicalismo, el frente escogió un presidente administrativo como vocero de la alianza por unanimidad: al serenense Gabriel González Videla, quien, por entonces, daba tranquilidad a todos.

En 1937, antes de comenzar la campaña presidencial más polarizada de la que se tuviese memoria, el frente sumó a los socialistas. Dentro del Frente Popular, en busca del mejor candidato para derrotar a Ross, el PS y el PC propusieron sus candidaturas, tímidamente encabezadas por Marmaduke Grove, quien no gozaba de buena reputación en las elites, pues venía de protagonizar la denominada “república socialista de los once días” en 1932. De esta forma quedaba la cancha abierta para que la candidatura presidencial quedase en manos radicales. Paradójicamente, el seleccionado fue Pedro Aguirre Cerda, quien se había opuesto a la formación de la coalición apenas un año antes. Luego de que el PS bajase a Grove de las primarias, Aguirre Cerda pasó a ser el líder indiscutido del Frente Popular.

Del otro lado, a regañadientes, el presidente Alessandri aceptó que su ministro de Hacienda, Gustavo Ross, fuese el candidato de liberales y conservadores. Aquello derivó en un violento cisma de la juventud contra el tronco del Partido Conservador. Un puñado de líderes jóvenes de la colectividad, encabezados por los abogados Bernardo Leighton y Eduardo Frei Montalva, decidieron renunciar a su militancia. Un centenar de veinteañeros los siguieron. Meses después anunciaron el nacimiento de la Falange Nacional. Sorpresivamente, los nacionalistas, encabezados por el lozano diputado González Von Marées, anunciaron la candidatura presidencial de Carlos Ibáñez del Campo.

Las tres tropas entregaron ingredientes para caldear los ánimos.

Esas tres vanguardias, sumadas a los falangistas, son las que llegaron, desde la Casa Central, hasta *la Escuela*.

En 1938 se inauguró el enorme, colosal y portentoso edificio destinado, como único propósito, a la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile. Aquellos terrenos fueron donados por el presidente Alessandri Palma, quien aprovechó su segundo mandato para asentar su influjo en las instituciones tradicionales. Utilizando erarios, destinó cuantiosos recursos a la construcción de un faraónico monumento.

Detrás de esta empresa había un proyecto de triple connotación.

En primer lugar, el León consiguió que su constitución, redactada en 1925, se aplicase en la realidad jurídica. Ese fue el proyecto hondo en que se embarcó desde 1932 en adelante: aplicar *su* constitución. En

segundo lugar, aplastó —temporalmente— el liderazgo de Carlos Ibáñez del Campo, impidiendo la formación de un partido nacionalsocialista. En tercer lugar, la escuela de Derecho de la Universidad de Chile fue erigida como un intento de panteón de la república refundada. En un comienzo, se evaluó construirla en la Alameda, por la vereda oriente de la calle Arturo Prat, donde hoy perdura una plazoleta. Empero, este planteamiento carecía de la magnificencia que Alessandri buscaba transmitir. En cambio, en la pujante zona de Bellavista el palacete brillaría con luz propia. Hasta entonces, la esquina escogida contenía al antiguo Estadio Nacional. A mediados de 1935, la prensa santiaguina anunciaba:

Se efectuó ya la demolición del Estadio Nacional, el local de la Avenida Santa María, donde se concertaron los más grandes encuentros de box de los últimos cuatro años y donde se realizó también, con gran éxito de público, el Campeonato Sudamericano de básquetbol del año 1932.

Pocas horas bastaron para convertir el local del estadio en un terreno eriaz, donde se edificará la Escuela de Leyes, por orden del gobierno⁵.

En ese improvisado estadio cabían alrededor de cuatro mil espectadores. Se sentaban en tablones que miraban hacia un potrero que fungía las veces de cancha. La galería se ubicaba en sentido norte sur, con el río Mapocho como testigo de los eventos. Allí se llevaron a cabo veladas de boxeo, corridas de toros e, inclusive, un torneo internacional de básquetbol. Además, los fines de semana se improvisaba un canódromo donde tenían lugar concurridas carreras de perros. Cuando se anunció que esa propiedad fiscal sería redestinada, se desató la furia de los apostadores, criadores y aficionados, que exigieron la entrega de una finca similar. Era el final de una época, pues el vetusto canódromo ahora albergaría otro tipo de competencias, carreras y apuestas compulsivas. En paralelo, el gobierno de Alessandri inició la búsqueda de un predio para instalar el novísimo Estadio Nacional. En un comienzo, se pensó en el parque Cousiño. Finalmente, la sede deportiva fue inaugurada en la lejana zona de Ñuñoa, en 1938.

Ese mismo año, los abogados encontraron su nido, su guarida templaria. En 1938, la esquina de Pío Nono con Santa María se erigió cual pirámide del dialecto jurídico, ese que hablaban los políticos, jueces y ministros.

La colosal facultad se instaló en la vereda nororiental, mirando al Mapocho.

5. Pumarino, F. *Antes del estadio nacional hubo otro estadio nacional*. Radio Futuro, 26 de enero de 2017.

Desde un comienzo la edificación resaltó entre las elites. La obra es el resultado de un concurso efectuado en 1934, al cual se presentaron tres propuestas. El arquitecto Juan Martínez Gutiérrez se adjudicó el proyecto, con un diseño basado en un vestíbulo rodeado de vitrales, tras los cuales se asienta un amplísimo patio interior. La influencia del art decó se manifiesta en detalles decorativos y en líneas geométricas simples, que se observan tanto en el exterior como en el interior del edificio. Estos elementos se combinan con la sobriedad del neoclasicismo para crear un equilibrio visual. Además, la configuración del recinto tiene innegables melodías de la arquitectura fascista. El uso de materiales como el hormigón armado, el mármol y la madera en diferentes partes del edificio demuestra una combinación de durabilidad y estética. La apariencia marmolada se utiliza en las áreas de alto tránsito, como el vestíbulo y las muchísimas escaleras interiores. El pórtico, elemento central de la fachada, está compuesto por columnas de estilo corintio que sostienen un frontón triangular, un diseño que evoca los templos clásicos. Este semblante establece un diálogo visual con las tradiciones arquitectónicas de la Antigüedad. Se trata de una obra costosa, sofisticada, con lujos desconocidos para una sociedad precaria. Por ejemplo, se instaló calefacción en todas las salas. Es, en el fondo, una construcción diseñada para transmitir solemnidad, elegancia y grandiosidad. Fue precursora del estilo que Martínez replicaría más tarde en la Escuela Militar, donde amplificó estos conceptos en una escala aún mayor. Allí repitió la exitosa combinación de Pío Nono. Ambos diseños comparten sus elementos genéticos distintivos: fachada monumental, columnas corintias, trapezoides, vaivenes y la geometrización general de las formas. De este modo, se considera que son edificios hermanos.

Los militares y los abogados se educan en espacios iguales.

León vencido

En Bellavista, la torre del reloj causó fascinación entre estudiantes, profesores y periodistas. El presidente Alessandri y su hijo solían apreciarlo de noche como si fuese una extensión de su familia. Se paraban a un costado del río, por el lado sur, para tener la perspectiva de su belleza. La ciudad apenas conocía la luz eléctrica y ese faro iluminado con neón era un acontecimiento inescapable. La belleza del edificio se complementaba con el cerro San Cristóbal, aún verde e inhóspito, irrigado por el sonido del Mapocho, que todavía bajaba torrencial y salvaje. La descomunal aparición de la Escuela representa la noción que el Estado — y el propio Alessandri — tenía sobre la educación superior. Se pretende proyectar un imaginario fuerte, autoritario, inequívoco, protector de la

ciudadanía desvalida. Es decir, una comprensión que era ajustada a la formación republicana y el portalianismo, ambos asociados a la Constitución de 1833. Ahora, con su propia carta magna, el alessandrisimo levantaba su templo votivo donde el texto, su espíritu y el presidente serían venerados.

La construcción fue abierta en marzo de 1938 en una sobria ceremonia encabezada por el presidente Arturo Alessandri Palma y su hijo, Arturo Alessandri Rodríguez, entonces decano de la Facultad. También estuvo el rector Juvenal Hernández, a la sazón abogado, exdecano y miembro del claustro de leyes. Era el monte Parnaso de la provincia chilena, el ojo de un huracán que concentraría el pasado, el presente y el futuro.

Ese año la Casa Central de la universidad sería epicentro de una terrible noticia, una que cambiaría el curso de los eventos electorales. Entre junio y septiembre se vivió un clima bélico, condimentado por las noticias que llegaban desde el primer mundo. Ross fue agriamente caricaturizado como un hijo de Alessandri y un tacaño administrador al cual denominaron “el ministro del hambre”. “El Caballo” Ibáñez, por su parte, arrastraba una tormentosa historia dictatorial. Aguirre Cerda, no exento de polémicas, cargaba con la contradicción de ser un radical de derecha en alianza con los comunistas y los socialistas.

El ambiente enfervorizado tocó un extremo el día 4 de septiembre. Aquella jornada, las fuerzas del ibañismo realizaron una multitudinaria marcha desde el parque Cousiño hasta el Forestal. Esa tarde, más de 10.000 nacistas desfilaron por las calles luciendo sus uniformes grises, enarbolando consignas antisemitas y provocando a los transeúntes. Decían conmemorar el aniversario de la asonada militar del 4 de septiembre de 1924.

Al día siguiente, dos grupos de choque ejecutaron un plan golpista consistente en tomarse lugares estratégicos de la capital. Al mediodía, treinta y dos jóvenes nacistas violentaron los portones de la Universidad de Chile, de la cual varios de ellos eran estudiantes, egresados y ayudantes. Por la fuerza, tomaron el despacho del rector Juvenal Hernández y lo sometieron en calidad de rehén. En paralelo, otros treinta y dos milicianos irrumpieron en el edificio del Seguro Obrero. Un manojito de jóvenes conquistó, del mismo modo, los estudios de la radio Hucke, desde donde proclamaron el inicio de la revolución. La resolución de este episodio quedaría en los libros por la sangrienta conclusión que tendría, así como por las consecuencias políticas que acarrearía.

A eso de las tres de la tarde, consciente de que vivía una intentona de golpe, Alessandri convocó a los jefes de las Fuerzas Armadas y Carabineros, con los cuales se parapetó en la intendencia de Santiago.

Desde allí ordenó el ingreso del regimiento Tacna a la Casa Central de la universidad. Los muchachos amotinados se rindieron. Los agruparon en el patio principal, tras lo cual fueron conducidos por la calle con las manos en alto en dirección al edificio del Seguro Obrero.

La muchedumbre gritaba clamando misericordia por los nacistas.

En el otro edificio, el regimiento Buin y un escuadrón de francotiradores había cercado a los amotinados, quienes se refugiaron en los pisos superiores. Como primera gestión se decidió establecer mediadores. Subieron en sucesivas ocasiones, hasta que convencieron a sus compañeros de rendirse. A las cinco y media de la tarde se entregaron bajo la condición de que no serían ejecutados.

Solo sobrevivieron cuatro, que presenciaron el asesinato de más de cincuenta de sus camaradas. Este hecho es conocido como “La matanza del Seguro Obrero”⁶. Es un episodio clave para comprender cómo es que la Facultad de Derecho, independizada de la Casa Central, se volvió tan influyente en tan corto tiempo. Ocurre que el gobierno cargó fuertemente contra Ibáñez, quien debió bajar su candidatura al verse implicado en tamaña tragedia. El propio González Von Marées fue arrestado y acusado de instigar un golpe. En la contracara, desde esa noche Alessandri sería señalado por un crimen de Estado.

Reducida a dos opciones, la elección presidencial se decidiría por apenas cinco mil votos de diferencia. Esta fue la primera elección del sistema de partidos moderno, con un claro clivaje entre izquierdas y derechas. Era noviembre de 1938. El planeta no conocía todavía el horror de otra guerra mundial. El país todavía practicaba el voto censitario, reservado solamente para los varones.

En noviembre se comenzó a pavimentar el siglo. La elección fue estrechísima. Por apenas quinientos votos, el vencedor fue el abogado Pedro Aguirre Cerda. Fue entonces cuando nació el mito del presidente educador.

Era el inicio del período radical. La Facultad de Derecho fue la gran beneficiada de esta coyuntura histórica. Tres factores son los que permitieron ese ascenso. Primero, la institución se favorece del ánimo refundacional del alessandrismo, recibiendo su propio gran edificio. Segundo, el triunfo de los radicales abre el portón de la administración pública a una generación de abogados, burócratas y académicos que van copando, una a una, las instituciones del Estado. Con esto, la Facultad se trenza con la moderna gestión de empresas públicas, reparticiones y ministerios. Aguirre Cerda mismo es un egresado agradecido que nombra en sucesivos gabinetes no a dos ni tres, sino a docenas de abogados de la

6. Véase KLEIN, M. *La matanza del seguro obrero*. CED Bicentenario, 2008. p. 114 y ss.

Universidad de Chile. Tercero, debido a la ampliación de los presupuestos estatales de educación, se le entregaron cada vez más dineros a la universidad, lo que le permitió expandir su influencia.

Las elites circulaban en esta pequeña Roma que era el patio de la escuela, cuchicheaban bajo los frondosos árboles, silenciosos testamentarios del canódromo. Resaltaba, especialmente plantado, un hermoso jacarandá que comenzaba a echar raíces.

Dentro de la facultad, en su trajín diario, dos nombres concentrarían el debate jurídico por varias generaciones. Dos siglas funcionarían cuales contraseñas que abren el portal.

Para referirse a Aníbal Bascuñán Valdés se usaban tres letras: ABV.

Para identificar al decano Arturo Alessandri Rodríguez: AAR.

Ambos aceptaron esta denominación, incluso firmaban sus actas de curso, cartas y demás documentos con estas siglas. Uno era civilista, el otro no. Uno era hijo del presidente, el otro no. Ninguno de los dos profesaba activamente el catolicismo. Alessandri tenía influencia italiana. Bascuñán parecía un intelectual germano. Uno era el principal referente del derecho privado, los contratos y las obligaciones. El otro era el sol del derecho público, la historia y la filosofía. Juntos, son el resumen de una era.

Arturo tenía diez años más que Aníbal. Fue decano en dos momentos decisivos, a mediados de los veinte y a finales de los treinta. Desarrolló una temprana calvicie, ese brillito coronaba su cabeza dejando una frente despejada. Sus ojos, custodiados por unas gafas de marco grueso y montura redonda, resaltaban como los de un erudito. La nariz, estructura central de su semblante, se imponía con una forma definida y proporcionada. Cuando Aníbal era estudiante, Arturo ya ocupaba el sillón de Andrés Bello. Sin embargo, el hecho de haber obtenido un doctorado catapultó a Bascuñán al mismo nivel de los profesores consagrados. Con Alessandri en particular no hubo competencia, sino una cooperación latente que puede rastrearse hasta la elección de rector de 1953. Los abogados, sin excepciones, se volcaron a favor de AAR, quien pugnó contra el destacado pedagogo Juan Gómez Millas, que aun así resultó victorioso.

Pese a no tener poder en la Casa Central, fueron las publicaciones de Arturo y Aníbal las que sustentaron su impresionante fama.

Literatura jurídica

Los juristas conocen, en general, tres géneros literarios.

Existen los *tratados* que pretenden agotar una temática, abordándola de forma completa, sistemática y coherente. Los tratados suelen

ser voluminosos, repartidos en varios tomos, diseñados para ocupar las murallas de las salas de reuniones de los bufetes santiaguinos. En algún momento, las tapas duras de los tratados devinieron en objeto de decoración.

La primera mitad de siglo XX es fecunda en tratadistas jurídicos, especialmente en el derecho civil. Allí sobresale AAR. Hereda el estilo de Luis Claro Solar, el más destacado de los tratadistas de su época. Como buen discípulo díscolo, Arturo controvierte las tesis de Claro Solar transformándose en *la* alternativa frente al dogmatismo de los claristas. Según algunos, es AAR el partero de la “doctrina científica” en el ámbito chileno. Para otros, se trata de un agudo traductor de autores franceses. Hay consenso en que los tratados de Alessandri no destacan solamente por su volumen, sino también por su concisión, luminosidad y metodología. Su tema predilecto, ya desde la memoria de grado, son las compraventas, los contratos y la hermenéutica del código de Bello. A partir de los tempranos treinta, comienza a publicar sus densos volúmenes. La primera obra fue su apetecido *Curso de Derecho Civil*, repartido en cinco tomos. En paralelo, se publicó su *Tratado sobre las capitulaciones matrimoniales*, una oscura materia perteneciente al derecho de familia. Son novecientas páginas de agudas disquisiciones que demuestran que el talento de AAR podía volcarse hacia cualquier materia sin perder la fineza, la destreza ni la buena pluma. Es con Alessandri, de hecho, cuando el derecho de familia deja de ser el primo menor de los civilistas. Aquella tendencia se confirma con su *Tratado práctico de la capacidad de la mujer separada de bienes*, publicado en 1940, cuando se vivía la guerra y en La Moneda gobernaban los radicales. En 1943 publica otro extenso trabajo titulado *De la responsabilidad extracontractual*, de casi ochocientas páginas. Con esta obra se completa su visión global del derecho civil chileno, yendo desde materias de familia, responsabilidad, hasta los bienes y los contratos.

No todos los juristas se dedican a ser tratadistas.

Existen los *manuales*, que suelen ser más breves, generales y simples que los tratados. Entre los estudiantes estos son libros apetecidos, pues permiten aprender, memorizar y retener los conceptos básicos. Un manual se centra en las definiciones, las clasificaciones elementales y las excepciones relevantes a las reglas del código. Las tapas de estos libros son blandas, sus diseños son básicos y la diagramación del texto suele integrar mecanismos de memorización. Con la proliferación de las cátedras, universidades y facultades, se propagaron también los manuales, algunos de los cuales tienen una alta demanda dada su calidad, redacción y concreción. En algún momento, el género manualístico se hizo preponderante, fungiendo el rol de tratados resumidos.

Los géneros literarios jurídicos no se agotan en ese binomio.

Frente al letargo de las plumas leguleyas, ante el olor desteñido de sus páginas, subsiste una tradición ensayística. Los *ensayos* no tienen la pretensión oceánica de los tratados. Tampoco buscan ser salvavidas para estudiantes extraviados. Al contrario, el ensayo jurídico propone una o más hipótesis que desarrolla de manera más o menos detallada. Comúnmente, son textos breves encadenados unos con otros en forma de capítulos que, a su vez, pueden ser leídos como unidades independientes. En los títulos de estos textos encontramos nomenclaturas intermedias, a medio camino entre las tres categorías principales. Así, por ejemplo, abundan los cursos elementales, explicaciones razonadas, estudios, teorías generales y así por delante.

Esa es la naturaleza de la literatura producida por Aníbal Bascuñán.

En su estilo aparece la sombra de Valentín Letelier, uno de los ensayistas indispensables de su época. No es trivial que Aníbal haya sido alumno de Juan José Iribarren, ayudante y divulgador de Letelier⁷. Prófico, Bascuñán publicó 55 ensayos de diversa longitud, aunque todos profundos, documentados y suavemente redactados. Las temáticas de sus escritos pueden clasificarse en grupos⁸. Por un lado, podemos hallar densos ensayos sobre la docencia, la educación superior y la investigación universitaria. Resumida, la teoría de Aníbal respondía a un ideal de la universidad latinoamericana, una semblanza sudamericana cargada de nostalgia. Un curioso romanticismo acerca de lo que representaban las instituciones continentales, desde la UNAM, en México, hasta la Chile, en el borde del mapa. En este ámbito, destaca su obsesión metodológica, probablemente adoptada en su doctorado. A este respecto, el texto más citado es *Técnica de la Investigación Jurídica*, editado en 1946 por la histórica editorial Tegualda, desaparecida a comienzos de los cincuenta.

Junto con su abstracta fijación epistemológica, Aníbal Bascuñán fue uno de los principales historiadores de su generación. En 1947 publicó su archiconocida *Historia General del Derecho*, diagramada en dos volúmenes por la editorial Universitaria. Tres años antes había desarrollado un brillante compendio histórico llamado *Los constituyentes de 1925*, escrito de forma colectiva a partir de las sesiones de su seminario. En este libro se describe el perfil político de cada uno de los integrantes de la comisión redactora. Su ensayo más creativo, sin duda, es *Don Mariano*

7. PALMA, E. "El método activo del seminario en el aprendizaje de la historia del derecho: visión y práctica del chileno don Aníbal Bascuñán Valdés (1905-1988)" en *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos*, número 44, 2022.

8. SIERRA, L. "Bibliografía cronológica de Aníbal Bascuñán" en *Anuario de Filosofía Jurídica y Social*, número 7, 1989.